

BESTIARIO CONQUENSE

Los ventarrones trocados en cielos de charol al norte conquense, en buen número de ocasiones asustan la mente e infieren daño a la imaginación. Producto de cualquier día otoñal, alrededor de Todos los Santos, entre mares de lluvia azafrañada, frío de pinares y nacimiento de hongos, fue en tiempos el apócrifo y vetusto «Cronicón Serrano», aparecido en solitario en la esquina de un viejo, cofre surgido un día de excavaciones en Segobriga. El **Lecionario Complutense** hace referen-

cia a él y dirime las controversias en todos los tiempos sobre el antiquísimo libro de Cuenca. No existen en sus páginas, admirablemente conservadas, ni herejías, ni urdimbres históricas, ni siquiera cronología de fastos, martirios o referencias a inquisidores tan pródigos en nuestra mínima geografía. En sus distintos apartados trata asuntos distintos; un ejemplo claro es la forma y cuidado con que deben lavarse las tripas del cerdo para hacer chorizos y morcillas; otro es el cuidado exquisito al

manejar la nieve de la Mogorrita para trocirla en polvo de plata al anochecer, para San Miguel; referencias al soplado insuflado a los candiles para iluminar las tardes de las ánimas; explicación de cómo manejar la materia prima de los osorios, que una vez machacados y en mezcla con azufre vivo, salitre, amoníaco y puesto a sublimar, como se sabe, se torna en albayalde para untar las mejillas de las serranas de la Serranía. Así mismo, referencias al apocalipsis, a los seres intermedios, a los gigantes, a los espacios solitarios, al laberinto de resina, a la casa de la Sirena (en la que ya investigó don Pío Baroja, porque sin duda descubrió el libro en uno de sus viajes a Cuenca), a los espejos del más allá, a la nave encontrada por estos días en un fresco del siglo XVIII, sito en la nave izquierda de la Catedral y un largo etcétera que por ahora no interesa desmenuzar aquí.

Pero uno de los capítulos más obsesivos y portentosos, es el dedicado al arca bestiaria. Animales del pasado y del tiempo venidero procedentes de **Cupala**, la Cuenca de las transparencias, como así mismo de la Contrebia de Federico Muelas, tan dado a descubrimientos erráticos, se apiñan en los amaneceres malvas, bajo la Roca del Equilibrio, punto equis, lugar de poder (en la nomenclatura del indio yaqui don Juan, del escritor Carlos Castaneda), y de misterios. Allí, en la horizontal que une a Cuenca (en este caso **Cupala**) con Meteora, la Filadelfia americana y Sarmacanda, confluyen **Docejos**, **Truchorras**, **Cuéncamos**, **Hocejos**, **Cabricho**, **Coligrifos**, **Encantados**, **Aves de Semana Santa**, **Mirahocinos** y multitud de aves que imaginarse pueda uno. El Caballero de la Hoz, soñado por Salomón una noche bíblica en Babilonia y uno de los seres que no fallan por las maña-

